



CAPÍTULO I

EN EL QUE TODOS SE ENTERAN DEL ASESINATO

La taberna Tronkko estaba abarrotada, como de costumbre. Los que no habían llegado a tiempo de hacerse con una mesa se habían sentado en el suelo. El jefe de policía Tejón miró con desaprobación a un par de búhos forasteros que se habían posado bajo una mesa para beberse sus turbios moscopolitan. Tejón jamás caería tan bajo. Los clientes deberían sentarse ante las mesas, o a las malas, junto a la barra. Eso de beber moscopolitan en el suelo era una falta de dignidad. Por no mencionar que

aquellos dos elementos no tendrían que estar bebiendo nada. Tejón conocía demasiado bien los moscopolitan. Y a los búhos. El empalagoso cóctel de moscas fermentadas era una bebida peligrosa. Un búho pide uno, luego otro, luego el tercero... y para cuando te quieres dar cuenta está gorjeando su melancólico canto ululante con una mirada perdida en los ojillos.

—¿Qué te pongo? —chilló Yote.

Tal vez el camarero trataba de hacerse oír por encima del ruido, o tal vez estaba otra vez de los nervios. Tejón siempre iba a la taberna Tronkko los viernes. No porque no hubiera más bares en Bosque Lejano, que no los había, sino porque le encantaba el ambiente. Allí podía ir uno a relajarse tras una semana de trabajo agotador, soltarse los bigotes, disfrutar con la música cracanplás, charlar con los amigos y comer bien. Su plato favorito era la especialidad de la casa: el termitako, un delicioso tronco podrido, jugosísimo, lleno de termitas fritas.

—Ponme un termi...

«No. No. No». Había hecho propósito de ponerse a dieta. Sentía que no estaba en forma. ¿Cómo iba a perseguir a un criminal que se diera a la fuga, con tanta grasa acumulada? Tenía que hacer ejercicio y pedir raciones pequeñas de... comida sana.

—¿Un termitako? —preguntó Yote sin contemplaciones.

—No, no. Termitako no. Mejor que sea...

—¡Decídet de una vez! —aulló Yote. Tiró la libreta al suelo—. ¿Qué quieres? ¡Sois muchos y yo estoy solo! ¡Estoy solo, solo, solo! ¡Y todo el mundo quiere algo! ¡Jiii, jiii, jiii!

El camarero se estremeció en medio de un ataque de risa. Yote era un coyote de temperamento un tanto inestable, y sus

carcajadas solían acabar en sollozos, seguramente porque había tenido una infancia desdichada. Nació en el seno de una pandilla de coyotes que vivía en Bosque Cercano. Por aquel entonces, Tejón había intentado más de una vez llevarlos por el buen camino. Les había avisado de que el crimen nunca conducía a nada bueno. Pero no podía hacer más. No tenía jurisdicción en Bosque Cercano. Como mucho se le permitía dar consejos, pero la respuesta de los coyotes siempre era una risita despectiva. Un día hubo una reyerta entre pandillas rivales, enfrentadas por el control del territorio fronterizo del lago. Todos los coyotes murieron en una noche a excepción de Yote, que no era más que un cachorro y consiguió esconderse. El jefe Tejón, que había acudido a la escena de la masacre, se llevó al pequeño Yote con él a Bosque Lejano y lo dejó al cargo de una familia de ciudadanos cumplidores de la ley para que no se desviara hacia el camino del crimen.

—¡Jiii, jiii, jiii! ¡Una cosa tras otra! —La risa de Yote ya se estaba transformando en sollozos—. Primero quieres el termi-tako. Luego no lo quieres. ¡Ja, ja, ja!

Los búhos dejaron de prestar atención a sus bebidas y miraron a Yote horrorizados, con los ojos muy abiertos. Uno de los búhos tenía colgando del pico una mosca fermentada, gorda, jugosa.

—Calma, calma, contrólate —dijo Tejón—. ¡Eh, vosotros dos! ¿Qué miráis? —gritó a los búhos—. ¿Nunca habíais visto un coyote?

—Es un comportamiento escandaloso —comentó el búho que aún tenía la mosca colgando del pico.

—Un espectáculo bochornoso, desde luego —confirmó el otro búho—. Ha resultado traumático.

—Somos abuhogados y exigimos compensación por los daños psicológicos que hemos sufrido. Una comida gratis —concluyó el primero. La mosca se le había caído por fin del pico y estaba en el suelo.

—¿Una comida gratis? —chilló Yote—. Se me ocurre una idea mejor, ¡voy a preparar una comida con vosotros dos! ¿A alguien le apetece búho Kiev? ¿O búho *cordón bleu*?

—Amenazas de muerte —apuntó un búho.

—En presencia de testigos —asintió el otro.

—Soy el jefe de policía de Bosque Lejano —intervino Tejón—. En calidad de tal, he de informar que en nuestro bosque es ilegal tirar basura al suelo en lugares públicos. Se trata de una falta castigada con multa.

—¡Nosotros no hemos tirado nada! —ulularon los búhos en tono de protesta.

—Pues estoy viendo una mosca ahí mismo —apuntó Tejón—. Dado que es la primera infracción, voy a dejarlo correr. Aquí, en Bosque Lejano, somos gente hospitalaria. Así que vamos a hacer lo siguiente: vosotros recogéis esa mosca del suelo, y tú, Yote, les vas a traer un termitako, cortesía de la casa.

—¿Ya estamos otra vez con el termitako? —aulló Yote—. Termisí, terminó, así termino loco yo...

—Para de una vez —lo interrumpió Tejón—. Un termitako para ellos y un *carpaccio* de lombrices para mí. Estoy esperando a un amigo, así que ve poniendo un paté de ratón y...

—¡Nah, quiero lo mismo que Tejón!

Como de costumbre, Gatejón había entrado en la taberna sin que nadie se diera cuenta y se había subido de un salto al taburete más próximo, como si surgiera de una dimensión paralela: aparecido de la nada con las orejas puntiagudas, los bigotes tiesos, la cola moviéndose al ritmo de la música y el hocico adornado con dos rayas negras recién pintadas.

Tejón le dio unas palmaditas paternales en la espalda.

—Ese plato no es para ti, mi joven amigo. He pedido el *carpaccio*, que es poco más que un aperitivo, porque estoy a dieta. Pero unas lombrices crudas no son lo que necesita un animal como tú...



—¡Soy un gatejón! —protestó Gatejón—. ¡Mírame las rayas del hocico! Puedo comer lo mismo que un tejón, así que voy a pedir el *carpaccio*.

—¡Todo, lo quiere todo! —chilló Yote otra vez; los búhos fingieron atragantarse con los moscopolitan—. Quiere esto, y aquello, y lo de más allá, quiere ratones, quiere gusanos... Es un gato, no es un gato...

—¡Soy un gatejón! —insistió Gatejón—. ¡Soy el ayudante del jefe Tejón, de la Policía de Bosque Lejano! ¡Y quiero el *carpaccio*!

—¡Dos *carpaccios* de gusano para la mesa cinco! —gritó Yote al tiempo que se metía en la cocina—. ¡Y un termitako para la mesa siete, cortesía de la casa! ¡Allá se les atragante!

—Las ranas están croando —comentó Gatejón con la oreja triangular retorcida en un ángulo inconcebible—. Debe de haber pasado algo.

—A veces las ranas croan por croar —respondió Tejón con tono mesurado.

—¡Puede que se haya cometido un crimen horrible! —dijo Gatejón, esperanzado.

—¿Te gustaría que se hubiera cometido un crimen horrible en nuestro Bosque Lejano? —lo reprendió Tejón.

—No, no, claro.

Gatejón cerró un ojo y se rascó las brillantes rayas del hocico. Le gustaría, claro que le gustaría. Estaba loco por que alguien cometiera por fin un crimen real, bestial, en Bosque Lejano. Sí, sabía muy bien lo importante que era para los residentes en Bosque Lejano una vida tranquila, segura, en la que impera-

ra la confianza mutua..., pero eso hacía que su jornada laboral se centrara en delitos sin sentido, sin importancia, y estaba hartó. Una piña robada, una caca no recogida, una pluma de la cola arrancada... ¡Qué aburrimiento! ¡Eran crímenes sin imaginación, sin valor, sin premeditación ni sangre fría! No eran los criminales que Gatejón había soñado con atrapar cuando ingresó en la Policía de Bosque Lejano.

Yote regresó con el *carpaccio* y soltó los platos con tal energía que los trocitos de lombriz cruda saltaron por toda la mesa y empezaron a reptar en diferentes direcciones en un intento inútil de escapar.

—Los crímenes graves siempre dan problemas —dijo Tejón. Miró con desaprobación a Yote y atrapó con destreza los trocitos para metérselos en la boca—. Es la tragedia de alguien, la pérdida de alguien, la muerte de alguien. ¿Me entiendes, Gatejón?

—Sí, sí, lo entiendo.

Gatejón miró el plato con gesto huraño. La verdad era que no quería comer lombrices. Movi6 los trocitos con las uñas, cogió uno que parecía más vivo que los otros, lo dejó en la mesa y empezó a darle empujoncitos con la zarpa.

—No juegues con la comida —le ordenó Tejón. Luego se controló—. Perdona, hijo. Ahora eres mayor y sigo inculcándote disciplina. Come como quieras.

El croar se oía cada vez más alto.

—No están croando sin más —dijo Gatejón. Se le había erizado el pelaje—. Están transmitiendo información por Wranasapp. Es una vergüenza que la Policía de Bosque Lejano no tenga Wranasapp. ¡Siempre somos los últimos en enterarnos de las noticias!

—A mí esto de la tecnología nueva no me gusta. —Tejón frunció el ceño—. Si son noticias importantes de verdad, Urraca nos las traerá en la cola como siempre. Mira a la gente del bar. Aquí nadie tiene una cuenta de esas. Aquí, en Tronkko, nada ha cambiado desde que yo era un cachorro de...

—¡Croac! —dos ranas entraron a saltos en el bar y se metieron bajo la misma mesa que los búhos.

Los pájaros estaban contemplando su termitako con una expresión de amargura tal que cualquiera habría dicho que les habían servido un trozo del roble ancestral de su familia.

—¡Croac! ¡Asesinado! ¡Croac! ¡Asesinado! —croaron las ranas.

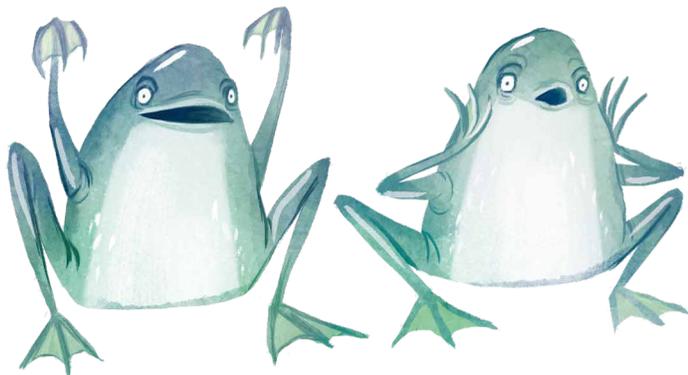
—¿Quién? —preguntaron Tejón y Gatejón al unísono.

—¿Quién? —preguntaron los clientes del bar, asustados.

—¡Croac! ¡No lo vamos a decir! No, se siente, croac. No habéis abierto una croacuenta. Solo se los contaremos a los búhos, ¡croac!

Dijeron algo a los búhos en susurros.

—En nombre de la ley, os ordeno que digáis todo lo que sabéis de inmediato —dijo Tejón, amenazador.



—¡Asesinato! —Era la conocida voz rota de Urraca—. ¡Un asesinato bestial!

Urraca, jadeante, entró tambaleándose en la taberna. Sacudió la cola y un mechón de pelaje gris cayó al suelo. Tejón lo examinó con gesto sombrío. La parte de abajo estaba húmeda y roja. Lo olisqueó. Era sangre.

—Por favor, informante Urraca, sigue.

—Conejo ha sido asesinado. —Urraca trató de contener las lágrimas—. Asesinado de una manera brutal, bestial. Y no solo lo han asesinado. ¡Se lo han co... co... comido!

Durante un momento la taberna se quedó en silencio. Los búhos salieron bamboleantes de debajo de la mesa, extendieron las alas y entonaron su triste canto.

¡Abuhogados, búhos somos!

Si algo pasa, averiguamos.

Nos lo echamos a los lomos,

al banquillo lo llevamos,

¡a quien sea demandamos!

—¿Quién ha sido? —susurró Yote con los labios muy apretados—. ¿Quién ha matado a Conejo?

—Lo vamos a averiguar —le aseguró Tejón—. El criminal no quedará sin castigo.

—Desde luego que no —asintió Gatejón.

Ya empezaba a lamentar haber deseado que se cometiera un crimen real. Era una pena lo de Conejo. Era un buen tipo.



CAPÍTULO 2

EN EL QUE SE DESCUBREN LOS DETALLES BESTIALES

—¡Fuera todo el mundo! ¡Esto es una escena del crimen! —gritó el jefe Tejón—. ¡Me estáis pisoteando las pruebas! ¡Fuera! ¡Largo! ¡Za! ¡Todo el mundo, un paso atrás!

Los animales retrocedieron de mala gana y, por fin, Tejón y Gatejón pudieron acceder al centro del claro. Todo lo que quedaba de Conejo eran unos cuantos huesos bien limpios, unos mechones de pelo y una mancha de sangre en la hierba seca. Hacía mucho que no se cometía un asesinato tan brutal

en Bosque Lejano. El jefe Tejón olisqueó el aire. Todo tenía el olor maduro y terrenal del otoño. Examinó los alrededores. Las copas de los árboles tenían las hojas de un color rojizo dorado, como si les hubieran echado encima el pelaje moteado de alguna criatura mágica. Todo era de una belleza abrumadora. Y, en medio de aquello, los animales se mataban unos a otros. De repente Tejón se sintió cansado, muy cansado. ¡Al cuerno con todo! Lo que más le apetecía era empezar a hibernar allí mismo. No era una idea tan descabellada. Era lo más natural; el invierno ya estaba próximo. Entraría en hibernación y de ahí, directo a la jubilación, y ya no tendría que volver. Que se mataran entre ellos, que pisotearan las pruebas. A él no le importaba. Estaría durmiendo...

—¡Jefe! ¿Pasa algo? —le susurró Gatejón.

—Estoy bien, hijo.

—Pues estabas ahí de pie, con los ojos cerrados y tambaleándote. —De repente, la alarma se reflejó en los ojos de Gatejón—. Estabas a punto de hibernar, ¿a que sí? Tenemos que arrestar a Lobo. No pensarás que lo voy a coger yo solo, ¿no?

—No, no, no iba a hibernar. Estaba pensando, nada más —dijo Tejón con cansancio—. En cuanto a Lobo, antes habrá que ver si es culpable. No vayas acusando a ningún animal así como así, hijo.

—¡Pero si es evidente! Lobo se ha comido a Conejo —protestó Gatejón.

—¡Evidente! —gritó alguien entre la multitud.

—¡Ha sido Lobo! —gritaron otros.

—¡Eso! ¡Eso! ¡Lobo! —apoyó el resto.

—Comprendo vuestra angustia —les dijo Tejón—. Todo el peso de la ley caerá sobre Lobo... si es culpable, claro. Ahora, el ayudante del jefe Tejón de la Policía de Bosque Lejano va a acordonar la escena del crimen y Buitre procederá con la investigación.

—Recibido —dijo Gatejón.

De mala gana, empezó a clavar estacas de madera en todo el perímetro del claro. Buitre examinó con atención la mancha roja de la hierba, cogió el mechón de pelo, picoteó los huesos, recorrió la escena de un lado a otro y, al final, voló sobre los límites del claro.

—Conejo había salido a dar un paseo —empezó—, cuando, de repente...

—La víctima —apuntó Tejón.

—¿Cómo dices?

—Por favor, llámalo «la víctima».

—Como quieras. —Aquello había cogido por sorpresa a Buitre, pero no permitió que se le notara—. La víctima había salido a dar un paseo. Tal que así... —Buitre caminó orgulloso desde el borde del claro hacia el centro—. De repente, Lobo saltó sobre él...

—El atacante —dijo Tejón con el ceño fruncido.

—¿Perdón?

—Víctima. Atacante. Así es como hay que referirse a ellos.

—Como quieras. —Buitre estaba cada vez más molesto—. El feroz atacante le hincó los hambrientos colmillos a la víctima indefensa. Así... —Buitre abrió y cerró el pico, amenazador—. Fue asesinado aquí. —Dibujó la silueta de Conejo en el sue-

lo con la garra, empezando por las largas orejas—. Los rastros de sangre de la víctima indican que fue devorado. El atacante cometió el acto con rapidez, sin mostrar clemencia. Hora de la muerte: las 21:00 horas, o para ser precisos, entre las 20:30 y las 21:30. Después, el atacante huyó de la escena de su atroz crimen. Aquí están las huellas. Venid a echarles un vistazo. —Buitre extendió las alas con gesto triunfal—. Las huellas van del centro del claro hacia los matorrales. Y son huellas de... Bueno, me vas a tener que perdonar, pero no se me ocurren palabras alternativas. Son huellas de lobo. Las huellas del atacante son huellas de lobo.

El jefe Tejón asintió.

—Gracias, Buitre. Sí, son huellas de lobo. Ya lo veo. Pero también hay huellas de otros animales. La escena del crimen está muy pisoteada. ¿Cómo sabes que esas huellas en particular son las del atacante?

—Pues... porque salta a la vista —protestó Buitre—. ¿Qué pasa? ¿Vas a acusarnos a alguno de nosotros del asesinato?

—No quiero acusar a nadie. —Tejón suspiró y recorrió con la mirada a los habitantes de Bosque Lejano—. Pero, mientras dure la investigación, todos son sospechosos.

—¡Conejiiiiito, conejiiiiito míooooo! —El alarido llegó de entre la multitud—. ¡No, no, no! ¡Conejo! ¡Tengo que verlo!

—Es la señora Conejo —susurró Gatejón, horrorizado—. Esto es un golpe muy duro para ella. Y tienen hijos, si no me falla la memoria.

—Una camada de diez este mismo verano —asintió Tejón—. En primavera tuvieron otra de quince, pero esos ya son



mayores. —Dio un paso hacia la señora Conejo—. La acompañamos en el sentimiento.

—No se imaginan lo espantoso que es esto para mí —dijo ella con los ojos fijos en la silueta de Conejo, en el suelo. Estaba temblando pese al pelaje blanco, gris en la barriga—. Quiero ver a mi Conejo. Estoy preparada para... para identificar el cadáver.

—Lamento decirle que no queda gran cosa que identificar —dijo Tejón—. Hay un mechón de pelo gris. ¿Lo reconoce?

—Sí —susurró la señora Conejo, temblando cada vez más—. Es el pelaje de mi marido.

—¡No diga ni una palabra más! —exclamó una voz desde arriba—. ¡No si no es en nuestra presencia!

Los dos búhos bajaron en picado al claro. El jefe Tejón los reconoció: eran los abuhogados de la taberna.

—Somos abuhogados —dijeron a la señora Conejo—. La acompañamos en el sentimiento. Nosotros la defenderemos.

—¿De qué la vais a defender? —preguntó Tejón, incrédulo—. ¡Si nadie la acusa de nada!

—Siempre habrá alguien dispuesto a acusar a una pobre madre viuda —dijo uno de los búhos.

—Sobre todo si acaba de perder al sostén de la casa —añadió el otro.